

El hálito chillanejo de Marta Brunet

Por Tito Mundt, para "La Discusión".—

La palabra "Chillán" andaba por los labios de Marta Brunet la última vez que la vi en Buenos Aires hace unos años. Los ojos cansados de la novelista parpadeaban continuamente, usaba unos pesados lentes y se sentía mal, pero siempre tenía una palabra tierna para la lejana ciudad en que le había tocado nacer.

Porque Marta, a pesar de sus viajes y de sus cargos diplomáticos, era la más sedentaria de las mujeres en materia de gustos. No tenía esa fachada friamente internacional de sus colegas de profesión. No había en ella nada de hotel, de pasillo de barco, de corredor de tren, de asiento de avión y de despedida que tiene la gente que sale del país para representarlo en el extranjero.

Era profundamente nacional y hasta localista en materia de amores. Si en su literatura caminan los bandidos con el choco en la mano y se escucha el rumor de las viejas consejas al pie de las fogatas encendidas cerca del rancho, en su casa trepaban las lozas de Quinchamalí, las gredas de su tierra y el húmedo barro de Chillán. Nunca faltaba el poncho izado como una bandera izada nostálgicamente en tierra extranjera, los estribos de madera finamente tallados, los lazos de gordo cordel, las monturas en miniatura y las manchas de color que hablaban de sauces llorones y cerros lejanos.

Por eso trajo a la literatura nacional un lenguaje nuevo. Se saltó el criollismo fácil y superficial. Caló hondo en la gente de su tierra. Averiguó qué había agazapado debajo de los arreos camperos y del sombrero de anchas alas.

Ahí está el mérito fundamental de "Don Ildefonso", de "María Nodie", de "Bestia Dañina", y de tanta página más que salió de sus pequeñas manos regordetas. Fue al encuentro de su terruño despojándose previamente del snobismo y de la pose. "Metió" literalmente a los huasos en la novela y le dio alojamiento para siempre a las viejitas temblorosas que había visto al pasar cerca de los ranchos en su remota infancia.

Y fue chillaneja y chilena al mismo tiempo en cada línea que le brotó a galope tendido de su infatigable pluma.